

the Antichrist or Wisdom of God?, de 2010), conoce las actuales corrientes cristológicas protestantes y, por eso, su objetivo consiste en mostrar dónde se separan los diferentes acercamientos, para que no se confundan. Quizás por eso, algunos pasajes muy duros con Barth ganarían si se introdujeran sus ideas más meticulosamente.

Estamos ante un libro que ofrece un amplio panorama de temas cristológicos muy debatidos en la teología contemporánea y que muestra el valor de la cristología clásica, representada en las obras de santo Tomás de Aquino, que sigue ofreciendo fecundas inspiraciones también hoy día. En ese valioso estudio de White, uno encuentra no tanto al Aquinate cerrado en su propio mundo de conceptos y temas, haciendo de su lectura una especie de arqueología intelectual, sino que experimenta las ventajas de hacerle participe del mundo teológico actual. La lectura de este libro no sólo permite captar mejor la cristología de santo Tomás, sus acentos y su método, sino que también muestra los desafíos que encuentra entre los contemporáneos.

Piotr ROSZAK

Pilar Río, *Los fieles laicos, Iglesia en la entraña del mundo. Reflexión teológica sobre la identidad eclesial de los laicos en un tiempo de nueva evangelización*, Madrid: Palabra, 2015, 428 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-9061-182-1.

La autora de esta monografía es actualmente profesora de Eclesiología y Sacramentos en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma). Su intención es profundizar teológicamente en la dimensión eclesial de la condición laical.

Los laicos son (ellos también) Iglesia. Y «están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que sólo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos» (LG, 33). Un novedoso mensaje aún pendiente de penetrar en la conciencia de muchos de los fieles laicos y de ser mejor asimilado en el plano pastoral. Estas dos tareas están en relación con la necesidad de una mayor profundización teológica en la identidad o condición eclesial de los laicos.

Movida por un doble interés, eclesiológico y pastoral, la autora desea ofrecer una reflexión que pueda proyectarse en el escenario de la vida y de la

acción de la comunidad cristiana en este tiempo de nueva evangelización. Se trata de uno de los escasos estudios sistemáticos que existen sobre el tema.

El volumen se articula en seis capítulos, teniendo el último un carácter de epílogo, sintético y propositivo. La reflexión se presenta como un viaje por los cauces de la Escritura (capítulos I y II), de los testimonios patrísticos (capítulo III), de la historia, de la vida y de las enseñanzas de la Iglesia (capítulos IV y V, sobre el letargo de la conciencia eclesial de los laicos y su despertar en la teología y en el Magisterio del siglo XX).

El capítulo primero explora *la conciencia de «ser Iglesia»* en el trasfondo de algunos pasajes neotestamentarios. Para ello estudia el término *ekklesía*, identificador de la autoconciencia de la primitiva comunidad cristiana, y algunas imágenes eclesiológicas presentes en el Nuevo Testamento. Concluye afirmando «la conciencia de una vocación e identidad inseparablemente cristiana y eclesial fundada en el bautismo» (pp. 63ss.). La comunidad eclesial aparece como «el misterio de un “nosotros” que no absorbe ni cancela la condición personal de los bautizados; es más, que la presupone y la lleva a cumplimiento» (p. 65). Entre las imágenes neotestamentarias de la Iglesia destaca la del nuevo pueblo sacerdotal de Dios construido por «piedras vivas» que son los cristianos sobre la piedra fundamental que es Cristo (cfr. 1 Pe 2,9-10).

El capítulo segundo aborda *la conciencia de «hacer la Iglesia»* en algunos relatos del Nuevo Testamento. Es decir, la conciencia de *misión* eclesial. Ésta se ve primero reflejada en la actividad evangelizadora de los primeros fieles. En segundo lugar se descubre enraizada en la vocación bautismal y el testimonio de vida cristiana como modalidad del anuncio evangélico (cfr. 1 Pe 2,11-4,11). Concluye subrayando «la conciencia de la vocación bautismal como consagración para la misión» (pp. 115ss.).

Para los primeros cristianos la tarea evangelizadora no es una tarea más que se añade a la existencia, sino «algo constitutivo del ser cristiano, del ser Iglesia, y que se realiza en y a través de sus circunstancias ordinarias en maravillosa unidad de vida cristiana» (p. 120). Evangelizan no sólo con la palabra sino ante todo con la vida cristiana misma. «Su fuerza persuasiva radica precisamente en la belleza seductora que resplandece en las buenas obras y que remite a su causa y motivación última» (*ibid.*). Se saben «Iglesia para la misión» y se sienten llamados a edificarla con un claro sentido sacerdotal de la existencia.

El capítulo tercero se ocupa de la conciencia eclesial de los laicos en los primeros siglos según la *Tradición patrística*. Concretamente estudia dos testi-

monios, «lugares» o ámbitos en los que se refleja esa conciencia: primero, el *adagio* «la Iglesia no son los muros, sino los fieles» y segundo, la concepción de la *Ecclesia Mater*, expresiva de la participación de todos los cristianos en la mediación salvífica que realiza la Iglesia. Asimismo desea mostrar el paulatino adormecimiento de esta conciencia eclesial en los fieles, debido al progresivo cambio de paradigma eclesiológico.

Concluye señalando que el adagio «La Iglesia no son los muros, sino los fieles» expresa la autocomprensión eclesial originaria en su dimensión de «identidad»; mientras que la concepción materna de la mediación salvífica protagonizada por la totalidad del sujeto Iglesia, expresa esa misma autocomprensión eclesial en su dimensión «dinámica». La primera es el fundamento y presupuesto de la segunda.

En el cuarto capítulo se completa ese cuadro con referencia a los factores que influyeron en ese *lamentable sopor*; en cuanto a la conciencia eclesial de los fieles, que se prolonga hasta su despertar después de la Primera Guerra Mundial. Subraya la contribución de la renovación eclesiológica, representada por las figuras de R. Guardini, Y. Congar y H. de Lubac.

La autora sostiene la «inseparabilidad de la conciencia de la vocación cristiana, de la llamada a vivirla en plenitud (santidad y misión) y del sentido de pertenencia eclesial» (pp. 262ss.). La viva conciencia eclesial de los primeros cristianos se va adormeciendo desde finales de la Antigüedad hasta el siglo XX. Con respecto a su redespertar en esta última época escribe: «A diferencia de lo que erróneamente se tendería a pensar, el redescubrimiento y la reapropiación de la conciencia de pertenencia eclesial en muchos bautizados inicialmente no procedió de las ideas, de la actividad académica ni de estrategias de acción pastoral, sino de la realidad, de las energías y del dinamismo mismo de la Iglesia: la vida, con el impulso y la fuerza del Espíritu, fue por delante e interpeló a la eclesiología» (p. 263). Aunque esa reviviscencia no llegó a una parte consistente del laicado, actuó a modo de fermento en personas e instituciones, cuyo eco llegó hasta el Concilio Vaticano II.

El capítulo quinto se ocupa de la progresiva *recepción de la conciencia eclesial* y el igualmente paulatino reconocimiento de la condición eclesial de los fieles laicos en los textos del Magisterio, a partir del Concilio. Destacan dos conclusiones: el reconocimiento, por fin, de la eclesialidad de los laicos y de la dimensión vocacional de su índole secular (cfr. pp. 331ss.). Esto se alcanza gracias a que «el Concilio logra superar el marco eclesiológico de la *societas inaequalis*, en el que la Iglesia tendía a identificarse con la jerarquía y los laicos a

verse frente al clero, en situación de dependencia y subordinación, y recuperar –completándola– la amplia visión eclesiológica de los primeros siglos» (p. 332). Todo bautizado se redescubre así como miembro del Pueblo de Dios-Cuerpo de Cristo y partícipe de su Unción sacerdotal, en virtud del Bautismo y de la Confirmación.

Aunque «la asamblea conciliar asumió también la secularidad como elemento constitutivo de la descripción teológica y eclesial del laico» (*ibid.*), la autora se cuida de recordar que sólo posteriormente, en 1988, la Exhortación apostólica *Christifideles laici* precisó que la índole secular no es más que la participación propia del laico en la dimensión secular de toda la Iglesia, dimensión de la que también participan los pastores y los religiosos en el misterio de la comunión misionera que es la Iglesia. La *índole secular* queda así reafirmada con rigor y precisión técnica como rasgo propio de los fieles laicos. Acertadamente observa la teóloga chilena que en el contexto del pontificado de Juan Pablo II se encuentran los caminos de la nueva evangelización, la conciencia eclesial de los fieles y la unidad de vida que todo ello pide.

Finalmente el capítulo sexto presenta un balance de *afirmaciones y líneas de reflexión teológica y de acción pastoral*, teniendo en cuenta la nueva evangelización. El estudio confirma la novedad cristiana y la condición eclesial de los fieles laicos, así como el modo de su propia secularidad, todo ello acorde con su identidad y misión eclesial. Los cristianos laicos son «epifanía», junto con los demás fieles, del misterio de la Iglesia. Misterio que se expresa y realiza en una existencia cristiana vivida en plenitud, es decir, en la santidad de los fieles y en la caridad como núcleo de la santidad.

En este sentido, entre los fermentos renovadores de la vida y de la teología de la Iglesia que impulsaron el despertar de la conciencia eclesial de los laicos y cuanto comporta, el estudio pondera «la doctrina y la labor sacerdotal de pastores de gran talla espiritual, como san Josemaría Escrivá, que –por divina inspiración– predicó incansablemente la llamada universal a la santidad y al apostolado radicada en el Bautismo, reavivó en amplias filas de laicos las implicaciones de su identidad cristiana y abrió un camino en la Iglesia para promover la difusión y realización de esa llamada en la vida ordinaria y de modo especial a través del trabajo profesional» (p. 351).

Entre las propuestas de este trabajo destacan: la nueva evangelización como llamada a redescubrir y a tomar conciencia de la identidad bautismal, la comprensión teológica de la identidad cristiano-eclesial de los fieles laicos y una pastoral que redescubra y ponga en el centro esa misma identidad.

Recogiendo expresiones de A. Aranda, la autora entiende que esas propuestas implican, desde su raíz teológica, la conjunción de dos actitudes que deberían ser inseparables en cada fiel laico: «ser existencialmente cristiano» y «ser intelectualmente cristiano» (p. 390). Es decir, saber y sentirse cristiano, lo que comporta el compromiso con la caridad, la verdad, la libertad y la justicia.

En cuanto a la pastoral –y cabría decir en general, a la formación de los cristianos–, esto pide acentuar la necesidad e íntima compenetración entre misterio, comunión y misión. El misterio de la Iglesia tiene como expresión esencial el anuncio de la fe, la celebración de los sacramentos y, como fruto, la vida centrada en la caridad. En efecto, la caridad es el principio dinámico de la «unidad de vida» que necesita el fiel laico, para articular la relación con Dios y con los demás, la vida de trabajo y las relaciones familiares y sociales. Con otras palabras, una vida de comunión con Dios y los demás, y de participación en la misión eclesial según su propia vocación. Una vida bajo el impulso del Espíritu Santo cuya acción dinamiza todas las acciones y pensamientos, afectos y actitudes.

«Toca a la teología –así concluye la autora su libro– seguir profundizando en esta importante realidad –aquí apenas esbozada– y a la pastoral, en cuanto teología de la acción práctica, discernir y proyectar la actuación de esta línea formativa, con la clara convicción de que la unidad de vida –como quiso poner de manifiesto *Christifideles laici*– es un testimonio esencial que nuestro tiempo pide a los fieles laicos» (pp. 400s).

Entre las líneas teológico-pastorales que se apuntan en este libro, vale la pena subrayar tres de ellas. En primer lugar, que la *secularidad* como dimensión general de la Iglesia y de lo cristiano se sitúa en un nivel teológicamente anterior a la secularidad propia del laico (índole secular), que él vive y desarrolla en complementariedad con la vocación propia de otros fieles cristianos.

En segundo lugar, que el estar llamados los laicos a santificarse y ejercer su misión cristiana «desde dentro» del mundo (en la sociedad civil), no tiene un significado meramente sociológico, sino que debe vivirse y explicarse teológicamente como expresión del lugar que ocupa, en la misión de la Iglesia, la *dinámica originaria de las realidades temporales* tal como han sido asumidas por Cristo. Otros cristianos pueden santificarse y ejercer su misión en la sociedad civil, y su vida tendrá también un significado teológico diverso según la vocación de que se trate (si son ministros sagrados, su representatividad de Cristo-Cabeza; si son religiosos, un modo concreto de testimoniar la salvación esca-

tológica). Para los fieles laicos ese significado se vive y se comprende desde el «lugar» originario de la creación en relación con la redención.

Por último, cabe felicitar a la autora por este serio estudio teológico y también por su sensibilidad hacia los caminos y los medios que de hecho aún deben ser *real* y *personalmente* recorridos por los laicos –aunque en el libro solamente queden apuntados–, de modo que la identidad eclesial de los laicos se haga vida en ellos, por ejemplo, integrando mucho más la *Doctrina social de la Iglesia*. En ese sentido se requiere por parte de todos un continuo discernimiento, a nivel personal y eclesial, de la voluntad de Dios para descubrir *sus* propios caminos. Si es norma que en este tema –la conciencia eclesial de los laicos– como en muchos otros la vida vaya por delante de la teología, la teología tiene un papel esencial en el discernimiento que sirve a la vida.

Ramiro PELLITERO